

I

El funcionario

Diecisiete hippies como lunes felices vienen por mí, me arrastran de mi silla de oficina, me llevan a una colina de prados antiguos -entre amores perrunos- desde donde divisamos el avance embrutecido de los estúpidos comprimidos por los ficheros maestros del mundo. Los hippies me susurran canciones tumbadas que convierten las frustraciones en melancolías, las lágrimas en lluvia, esta vida en la vida, la vida en la tierra. Pero..., ¿qué es la vida? Contestamos a esta pregunta con gestos escondidos en las grietas de nuestro presente. Entendemos a los locos que han muerto entre ardores intoxicados, buscando esta respuesta. Me dejo un trozo de pantalón al saltar la alambrada. El culo cortado. Alguien me chupa la herida y escupe la sangre en la hierba. Fuera los zapatos, fuera los miedos, abajo los muros de las prisiones. Bailamos y cantamos. Los odios se vuelven ritmo en una implacable borrachera verbenera de vino y drogas; la muerte nos sigue dando miedo; no queremos morir en esta vida y por un segundo sobrio de pupilas aumentadas por un escalofrío remoto, preferimos un navajazo a una hipoteca.

II

Las dunas del corazón

Nació bajo el cielo del desierto. Quiere morir allí, ancho y horizontal como línea pura azotada por la geometría más inabarcable, aunque deba vivir con su corazón cada vez más minúsculo entre seres y espacios minúsculos, justo debajo de la estrella Polar.

Miles de millas marinas y terrestres que separan pobrezas de tersura diferente.

En las cunetas y recodos del camino que agota insaciablemente los misterios del universo, las sombras , todavía arenosas, ofrecen sus dunas como senos al pastor que perdió lo poco que tenía. Insinuantes, perseveran danzando, cantando: no hay plata que valga más que la estrellada en el vientre de la noche. Se siente sucio. Reza.

Está perdiendo la costumbre de vivir arropado por el aire y las estrellas, calentando con ascuas inocentes la arena nocturna y herida que lo tentó. Teme que cuando vuelva allí, ya casado, con hijos y nietos repartidos por el mundo, las dunas celosas, despechadas, abandonen el pueblo y tenga que ser enterrado en una caja de cerillas mojada.

III

Astronauta

Lo ha intentado todo: vahos de mostaza y pimienta, sahumerios de vertedero, masajes de los pólenes más agrestes. Ha provocado a la policía para que lo pegara. Su tacto pasando por la tinta negra ha depositado flores sin lágrimas sobre las tumbas de los cementerios de papel. Las cruces ajenas duelen más que nunca. Las cuencas también. Oscuridad al descubierto de las mochilas y de las balas. Desde la muerte de la luz, manos abiertas que acercan llanuras muertas, separadas. Oídos que reciben lágrimas en el susurro del mar del planeta azul visto desde el espacio, la última foto que pasó de sus ojos rotos a los mágicos arcones que convierten sonidos en cristales. La única que guarda. Tuvo suerte. Eso le ocurrió cuando era muy joven. Toda su vida ha sido una lucha constante para devolver imágenes a los prismas de las diferencias, reconociendo lo desconocido, tocando suavemente, olfateando las esencias, con el pecho por delante. Los videntes desconfiados se vuelven amantes en la oscuridad que destruye el último hilo blanco entre los cuerpos. La vista es débil. Él sabe que no hay mejor ceguera que la que te impide ver la luz que convierte los objetos en formas y colores desde la distancia. Excepto si tienes ojos de astronauta. Ojalá pudiera llorar como aquella vez.

IV

El espejo

Una vez, un pescador sacó un espejo con su red. Se vio a sí mismo de forma diferente a como lo había hecho antes. Recordó. Su infancia en Cambados, cuando de chiquillo esperaba aquella marea verde de brillos ocres que venía del mar profundo, llevando en su empuje, ese torrente de agujas plateadas, burbujeantes, que acariciaban su piel de pícaro cormorán. Siguió recordando. A veces al salir de la ducha, desnudo y mirándose al espejo del baño, se sentía extraño, raramente desconocido. Oleadas de cosquillas, espinas susurrantes de sangre, subían desde el pecho formando una boya en la garganta. Pez que boquea el paso del tiempo entre baldosas frías de lonja y que no ha elegido que le pesquen, sacándole violentamente de su hogar infinito. Así le explicó una sirena de escamas sensuales de Fisterra, cuando él le confesaba los reflejos extraños del espejo. Elígeme. Su rumor pasaba de sus pechos de arena fina y blanca a sus dedos de púas heladas de erizo. Pasaron los años. La sirena marchó. El espejo cayó, sumergiéndose en las aguas, serpenteando como el humo de la chimenea del barco, en busca de nuevas elecciones.

V

El ladrón de sueños

La brisa pagana que produjo al entrar por la ventana abierta, barrió las ausencias musitadas en odiado pan de oro de la casa. En la habitación abisal, ante el hálito luminoso del foco, las cenizas del atrapa sueños parecían vagar amarillentas, solitarias, buscando un lecho mullido sobre el que dormir sus sustancias de primavera oscura. Depositó unas monedas debajo de la almohada y como botín se llevó el collar de dientes de leche. Recordando esa sorprendente sensación de comprensión infinita que a veces desprenden los sueños, borró todas las huellas posibles en cualquier dimensión conocida, antes de cerrar la ventana.

VI

1 segundo

Entre la muerte del último superviviente de una guerra y el primer recién nacido cabe un segundo de paz.

VII

Cuando Palestina mató a Peter Pan

Tras regresar del país de siempre jamás, donde los niños que no mueren jugando a las piedras denuncian a los traidores, Peter Pan decidió suicidarse. Cabizbajo y silencioso en medio de aquel solitario parque, lejos de la luna y de las estrellas, más lejos que nunca de cualquier ser humano o imaginario, posó el cuello blanco como un cordero sobre los raíles y esperó a que las luces de la mañana encendieran las entrañas de la montaña rusa.

VIII

Los sentidos sueñan

Mi nariz se siente desorientada ante este nuevo avance. Ya no percibo la esencia de las hojas con las que cubrías tus senos para jugar. Después pasabas a mis yemas todavía suaves. Habrá que aguantarse. Parece que toda la vida nos han enseñado a comportarnos así. Por el progreso tendré que aceptar que arrancaron ese olivar donde tú y yo las noches salvajes de nuestros veranos nos lo hacíamos cimbreado la luz de la luna. Habrá que olvidarse, ¿verdad?; acostumbrarnos a la sintonía con que el asfalto cierra la tierra y mata el perfume vegetal anegando las ventanas orgánicas, husmeadoras de recuerdos. Para no variar, aunque no sirva para nada, por joder: cambiar lo visible por lo invisible para resistir a esta desidia parlante y masiva que nos baja la cerviz. Imaginarse que en esa cruz de la curva, cubierta de crisantemos frescos depositados por una tristeza diaria y perdurable, nos acercábamos felices a la muerte gritando de placer, sin pensar que el tiempo, como un sicario silencioso escondido tras la noche, mata, sin dejar huella, las fuentes de los sentidos que sueñan.

IV

Magia

Después de 20 años juntos sin tocarse apenas, ella, bendecida por lo que se avecinaba, susurró como una cosita triste y delicada, como siempre, al pétreo oído de él: *“Hazne el amor, corazón cansado”*. Y los días siguieron brillando, turbios y esforzados para la mayoría, raramente indolentes para otros. Para mis padres, los más felices de sus vidas.

X

Dos

Durante un no sé qué, estuve fuera del Tiempo y de la Tierra con dos mujeres. Descubrí que podía tener dos corazones y dos cuerpos para amarlas. Cuando regresé me esperaba un solo ego quebrado y furioso, acosado por una multitud de impulsos y costumbres, en cuya chaqueta guardaba una pistola y tres balas solitarias.

XI

Me gustaría

Ser indomable, libre, como la luz blanca reverbera en la sal del desierto cegando al amo humano. Cocear con desaire definitivo lo que no me gusta. Descifrar la esencia de alguien olisqueando sus excrementos. Sentir la crin que escapa como el viento entre los dientes de mi orgulloso semental. Quedarme sólo con el placer húmedo de su ímpetu carnoso y salvaje que truena desde mi grupa. Avanzar con el monzón hasta verdes pastos sin nombre, donde rumoreamos brotes y rebuznos con fruición las compañeras, mientras los machos se arrancan orejas y rabos por nosotras y eso no significa nada. Añorar el trote verde de mis crías en estas praderas de disfrute y pereza incansables. Sentir el vacío de su tierno hocico buscando soñoliento mis tetas de asna. Huir por instinto de la muerte, flameando mi suave cuero como un rayo, carbonizando de ceguera mi alma. Comprender lo que os estoy contando. No saber que me quedan seis meses de vida.

